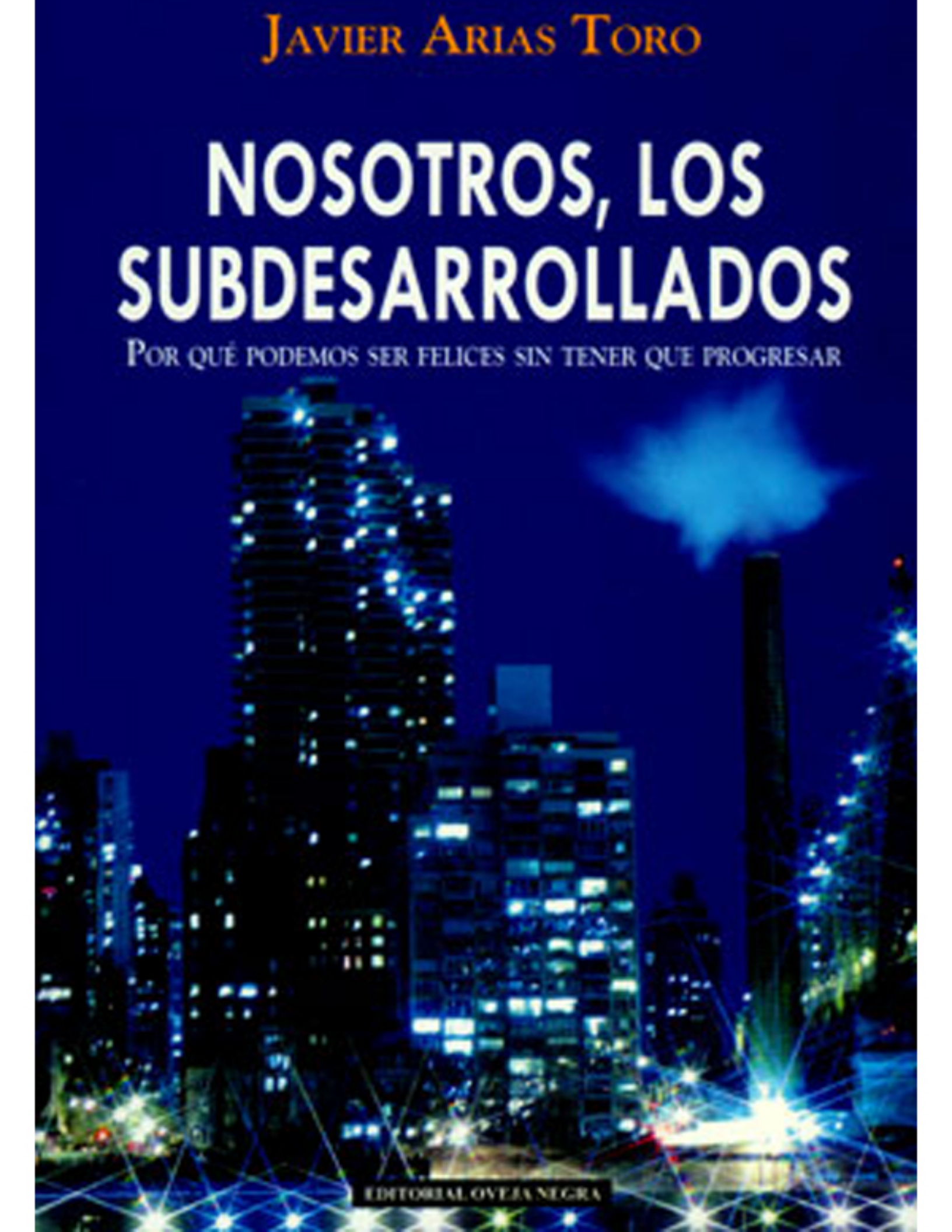


JAVIER ARIAS TORO

NOSOTROS, LOS SUBDESARROLLADOS

POR QUÉ PODEMOS SER FELICES SIN TENER QUE PROGRESAR



EDITORIAL OVERLA NEGRA



NOSOTROS, LOS SUBDESARROLLADOS

JAVIER ARIAS TORO

**NOSOTROS,
LOS SUBDESARROLLADOS**

Por qué podemos ser felices
sin tener que progresar

EDITORIAL OVEJA NEGRA

1ª edición: julio de 2011

© Javier Arias Toro, 2011

javierariastoro@etb.com.co

© Editorial La Oveja Negra Ltda, 2011

editovejanegra@yahoo.es

Cra. 14 No. 79 -17, Bogotá, Colombia

ISBN: 978-958-46-2092-7

ePub x Hipertexto Ltda./ WWW.HIPERTEXTO.COM.CO

Coordinación editorial: José Gabriel Ortiz A.



LA SUPERFICIE

*—Desilusionados del progreso, los subdesarrollados
no deseamos caer en la trampa del desarrollo—.*

*—El subdesarrollo es un sentimiento,
ajeno a la geografía del dinero—.*

*—La felicidad es una opción personal,
no un programa político—.*

NOSOTROS, LOS SUBDESARROLLADOS, vivimos en la superficie, no en la profundidad. La superficie es el tejido que recubre el mundo, la piel que envuelve los músculos y la gravedad de su movimiento. Es en la superficie donde permanecemos y desde allí observamos el caos de la profundidad.

La superficie es simple e invita a contemplar la vida desde su propia despreocupación. La profundidad es oscura, y la oscuridad no sólo confunde y atemoriza, sino que obliga a desconfiar de la propia vida. Los que viven en el desarrollo desprecian la liviandad del subdesarrollo, aunque saben del fracaso de su propia profundidad.

El subdesarrollo no es un ámbito geográfico ni una etapa histórica. Quienes lo restringen a un análisis económico son responsables de la desgracia ética que implica reducir al hombre a metas de producción. El subdesarrollo ha existido siempre.

La profundidad de la que hablamos proviene de la civilización occidental, mezcla del pensamiento griego y la moral cristiana, la cual llega a América apenas hace cinco siglos. América es el último continente que registra presencia humana y el único en que las culturas evolucionan sin ningún contacto con el mundo europeo y asiático hasta la llegada de los españoles en el siglo XV

Por más fascinante que sea el progreso, todo subdesarrollado que se sumerge en sus aguas, tarde o temprano desea subir a la superficie para volver a respirar cuanto antes en su elemento, sentir su frescor y autenticidad. Desilusionados de su progreso, cada vez son más los que abandonan el desarrollo para reiniciar su vida en el subdesarrollo, y se trata de gente que se sabe feliz. La pobreza, el analfabetismo y la corrupción del subdesarrollo no impiden su dicha, pues en su mundo tiene problemas equivalentes e incluso más destructivos: la felicidad depende de decisiones personales, no de programas políticos o económicos.

Quienes han emigrado hacia el desarrollo adquieren un poder económico suficiente para olvidar sus penurias, pero esos expatriados constituyen una masa de nostalgia que ensancha la superficie. Incluso, quien marcha a prepararse mejor, y cuenta con medios suficientes para ello, echa de menos la magia del subdesarrollo. Si bien los primeros marchan por necesidad y los segundos por lujo, ambos llevan en el fondo los sonidos de su tribu original y jamás van a renunciar a su llamado. El desarrollo se abre como un espejismo, como una trampa: en el fondo no los reconoce ni absorbe dentro de su sistema.

Este tipo de trampas hacen parte de la profundidad, nunca de la superficie, porque la superficie es luz, la profundidad sombra. Es cierto que en la superficie existe la niebla, y podemos imaginarla como confusión, pero la niebla sólo es visible en la luz. Allá donde acaba la luz sigue el infinito, y este pone de relieve los límites del hombre, el pequeño tamaño de su libertad.

Una persona superficial, si bien entiende el concepto de infinito, reverencia la naturaleza como parte interna de su existencia, no como algo externo. Las montañas, las estrellas, la gran extensión del firmamento, son hechos propios de su núcleo, lo que explica el porqué del uso atrevido que hace del entorno. Los viejos conceptos que anclaron su fuerza en la profundidad

chocaron en la superficie y se desintegraron en su espuma efervescente. La espuma es suave y efímera, y es una hija muy importante de la superficie.

En la superficie, entonces, encontramos niebla, confusión y espuma, y muchos otros elementos desatendidos por la profundidad. El agua torrencial corre por los valles y las cumbres, arrasa nuestra frágil condición y se lleva con ella casas, niños y lamentos, porque aún en la superficie nuestra raíz es enclenque.

Frente a la turbulencia tomamos decisiones libres, determinadas por nuestra voluntad moral de no adoptar la vida profunda, sino de mantenernos aferrados a la superficie. La resolución de vivir sobre la naturaleza revoltosa es tan libre como la opción de creer en principios éticos universales: la primera celebra la vida como decisión moral, la segunda celebra el juicio como hallazgo científico.

No *querer* salir del subdesarrollo es una determinación legítima, aunque el desarrollo sigue creyendo que es por razones técnicas el hecho de no *poder* salir de él. Las encuestas al subdesarrollo asombran al mundo con la conclusión de que no vivimos tan desdichados como creen y que, además, una buena mayoría desprecia el desarrollo.

Es difícil entender esto desde el punto de vista de una persona formada en la hondura de los conceptos occidentales, donde el respeto por los valores universales se considera natural. No obstante, sabemos que los valores no son naturales, sino que responden a actos de poder impuestos por una cultura a otra.

Como estos mutan, varían y se acomodan, vemos una corriente de conceptos cada vez más turbia, la cual se precipita hacia un despeñadero sin fondo en el que nadie quiere desplomarse. El arrebato de los elementos destruye poblados, la inflación castiga generaciones, el desempleo nos arrodilla y la pobreza invade las ciudades, pero al otro día del vendaval brilla el sol con un ímpetu absurdo y todo reluce como un patio recién lavado: incluso es posible encontrar entre los escombros hermosas flores de colores.

En una misma extensión representamos la tragedia y la fiesta de la historia. Si nuestra vida ha subsistido tantos siglos así, fracturada, dividida, desgarrada, y nadie ha decretado su derrota, debe haber dentro de ella un valor notable que nadie ha logrado identificar. Tal vez su desconocimiento se